

RINCON DE LETRAS

ALGUNOS ASPECTOS DE OSCAR WILDE

Por José G. Antuña

Reproducimos este notable estudio del gran escritor, compatriota y émulo de Rodó, por su brillante estilo.

Una larga residencia en París, me proporcionó la ocasión de tomar un contacto espiritual más próximo con el genio maravilloso y trágico de Wilde. Allí me encontraba cuando se conmemoró el vigésimoquinto aniversario de su muerte. Los wildistas de Francia lo celebraron con devoción literaria y con piadoso recogimiento. Y acaso con mayor sinceridad y libertad de espíritu que sus propios compatriotas. Algunos de ellos lo habían acompañado en la etapa final de su tremendo infortunio, cuando apagada la luminaria de su cerebro, ya miserable y enfermo, se preparaba para morir en la cama de un hotelucho de la ribera izquierda del Sena, el río padre de Luteicia y el último de sus confidentes.

Fué entonces que André Gide renovó sus comentarios de crítico y de camarada sobre el autor y el hombre que "todo había anunciado y previsto en sus escritos", del artista que, de acuerdo con el sentido paradójico de su cuento famoso, había quebrado la estatua del Dolor, que dura eternamente, para forjar la de la Dicha, que sólo vive un instante.

Se divulgaron en aquella fecha, las cartas del más desolador patetismo, que dirigiera, desde la cárcel a Davray, el traductor del "De profundis"; "yo he hecho del arte una filosofía y de la filosofía un arte". "Drama, novela, poesía, poema en prosa, diálogo real y diálogo de la fantasía: todo lo he embellecido, cubriéndolo de un nuevo ropaje de belleza. Yo he sabido prestar a la verdad su imperio legítimo; es decir, tanto lo verdadero como lo falso que lo verdadero y lo falso resultan simples modalidades de la existencia intelectual. He tratado el arte como a la realidad suprema; a la vida como a una rama de la ficción. Desperté la fantasía de un siglo, de suerte que, todo en torno mío, mitos y leyendas se reanimaron".

Jean Durieux, exaltó entonces al escritor, de quien dijo que "fué más grande

que su infortunio". Estudió su caso literario frente a las letras inglesas y universales, para terminar recordando ante el caso Wilde, el epitafio que concibió para sí mismo otro inglés glorioso, Walter Raleigh: "Tú cue pasas y piensas en mis faltas recuerda mis virtudes y mi obra y que tan sólo fui un hombre..."

Se constató, una vez más, en el aniversario, que la Inglaterra del siglo XIX no fué menos implacable, en juicios y sanciones, que aquella que encarnara, en el siglo XV Isabel Tudor. Porque el mismo fanatismo que hizo decapitar a María Estuardo en Fotheringay fué el que encarceló a Oscar Wilde en la mazmorra de Reading. Constituían una amenaza tanto la reina de Escocia como el escritor; la una, para la herejía de pensamiento; el otro, para la hipocresía oficial.

Charles Chassé se ocupó, en la ocasión, del puritanismo de Oscar Wilde y Cecil Georges Bazile, a su vez, del poeta y la religión católica. Interesantísimas y para mí inolvidables sus disquisiciones.

Tentó el primero penetrar en el análisis de las dos psicologías contradictorias que coexistieron en el gran escritor: la del celta y la del anglosajón. Celta, desde luego, el irlandés que había en Wilde, deslumbrante juglar, de los gestos osados, de los epigramas y de las rebuscadas y perversas sensaciones. De la misma raza que Meredith, Saint-John Ervine y Bernard Shaw; del intelectualismo desaprensivo, de la sátira y del inmoralismo. Pero también de fibra puritana por el fondo de su cultura anglosajona, y de aquí el lizarro hybridismo de su temperamento.

Celta y griego y pagano el narrador elegante y desaprensivo que hubiera adoptado, a manera de axioma el "ejemplo artístico" de Benvenuto Cellini. Según su propia narración, el artífice florentino hubo de crucificar un ser viviente con el objeto de estudiar el movimien-

to de sus músculos, y un Pontífice coonestó el hecho y lo absolvió. "¿Qué vale la muerte de un insignificante individuo si ella ha de propiciar una obra inmortal creando, según la expresión de Keats, fuente inagotable de inspiración?" He aquí una de las elegantes blasfemias del gran pagano de la diabólica procedencia celtíbera.

Pero ha sido Ernest Raybaud, que lo trató bien de cerca, quien advierte cómo "más allá del blasfemo se ocultaba la Biblia". Tuvo el espanto del pecado, sostiene. De las Sagradas Escrituras no había tomado tan sólo el hábito de hablar y de escribir en parábolas. De aquí cómo junto al escándalo de sus apólogos "inmoralistas", se suceden, en delicioso cortejo, aquellos cuentos de humildad, de inspiración infantil de bonhomía: los del "Niño Estrella"; los del "Pescador y su Alma". Este volvi6se entre los judíos de Polonia una especie de texto religioso. De aquí el sentido profundo de algunas de sus "boutades" y comedias: "Una mujer sin importancia", etc. Las máximas y "tiradas" audaces y escabrosas, las pone por lo general en boca de personajes de la aristocracia inglesa, a los que se ha considerado como a las figuras auténticas de sus piezas.

Desfilaban sus tremendas paradojas, en los corros elegantes, ante el aplauso de la hipocresía unánime. Proclamaba al hombre esclavo de las palabras, y él mismo se transformaba en el esclavo de sus brillantes acertijos mentales. Delicuescencia de "charlista" en el fondo y de admirable trapeceísta de las ideas.

Otras veces era la desolación y la negación insensibles del escéptico. Exaltaba al materialismo, ¿por qué? "El espíritu había malgastado las facultades del mundo en esperanzas estériles, en aspiraciones infecundas y en creencias vacías". Proclamaba al Pecado como al "elemento esencial de todo progreso, sin el cual se extingue toda juventud y todo color y por cuya tentación se fortalece la aptitud de la Raza". Renegaba de la Caridad, "signo de imperfección y fuente de males, óbice para un desarrollo superior".

Y siempre en tren de "épater les bourgeois" con sus ocurrencias despampanantes, temas de profeta luciferino y contradictorio; así la Abnegación no era sino "el método que el mundo había inventado para detener el progreso; y el

Sacrificio culto del dolor, supervivencia de las mutilaciones impuestas a los salvajes por los reglamentos ancestrales de sus tribus"; y la Virtud, ¿quién sabe lo que esto significa?, interrogaba impávido a un auditorio aristocrático. Ni Ud, ni yo; ni nadie, se respondía. Y agregaba con su cinismo sonriente: "Por nuestra propia vanidad ejecutamos al criminal; si le permitiéramos continuar su vida, él mismo demostraría lo que habría ganado con su crimen la sociedad".

"Lamentemos, escribía otra vez, el desarrollo del Sentido Común en nuestra Iglesia de Inglaterra. Su causa: una completa ignorancia psicológica; el hombre puede creer en lo imposible, jamás en lo improbable. En la Iglesia inglesa se triunfa menos por la fe que por la incredulidad. Los escépticos conquistan el pináculo y Santo Tomás es el Apóstol".

Sin embargo, sostiene el escritor cuyo ensayo glosamos, que Wilde terminó por descubrir al puritano en el fondo de su propia conciencia y ante la estupefacción de sí mismo. Es el puritano que arranca al fin al artista celta la promesa de renunciar casi enteramente al arte para consagrarse al culto de la piedad y de la tristeza. **"Mi Dios ya no es más el Arte, sino Cristo"**. Es entonces que dice a uno de sus carceleros: "Yo no quiero reír jamás, ni escribiré nada que provoque la risa de los otros. Yo he comprendido ahora que la piedad es la más grande, la más gloriosa cosa del mundo. La piedad es la ventana por donde una obra se ilumina al infinito. Yo doy gracias a Dios, de rodillas, por haberme revelado".

He aquí cómo el gran poeta pagano, el caballero maldito, preparaba su espíritu para el advenimiento de un gran poeta cristiano. De sus dos mentalidades, de sus dos profundas fuerzas raciales, triunfaría la que hasta entonces se mantuvo escondida y olvidada. **"Mi alma, había dicho, es como un palimpsesto sobre el cual se han confundido dos caracteres"**. **Era que una de sus almas quería la belleza sin la moral; la otra, la moral sin la belleza.**

Después... sobrevino sobre el escritor y el hombre la tiniebla en el pensamiento y la tragedia y la desolación del alma. Y la muerte, Wilde fué un genio creador, pero también un estilista suntuoso. De aquí que se haya asimilado la suya a aquella prosa, "asiática"; y el

de los epítetos de cambiante colorido y de las "enfáticas exageraciones".

En los medios prerrafaelitas modula su acento personal, creando una inconfundible doctrina y una norma estética revolucionaria. De aquí el **Esteticismo** de Oscar Wilde. Toda la gama en la literatura, las artes y hasta en los modos mundanos llegó a abarcar su genio subyugante y rebelde.

Cuando parte para Estados Unidos a dictar sus conferencias, da en propagar una doctrina, que él definiría entonces como "un nuevo hedonismo dentro del nuevo individualismo". Y las concibe y las ofrece en esteta. Había lanzado sus primeras poesías, con la portada de Burnet Jones, "El retrato de Dorian Gray", publicado después de sus piezas "Vera" y la "Duquesa de Padua". no hizo sino acentuar el aliento creador de su estética. De aquí su inmensa boga, a pesar de las murmuraciones solapadas de los "pastores" de una redundante literatura; "bebedores de té y sacerdotes del tenis", como en otra ocasión los llamó...

Por la magia de su estilo, comienzan a desfilar, en progresión maravillosa las líricas "aventuras fantásticas y fascinantes". Lo anuncia en el prefacio de "La casa de las granadas": el nuevo libro estaba lejos de destinarse a las "niñerías" que brotaba en general la mentalidad del público inglés de su tiempo.

EL TEATRO, LOS CUENTOS, LOS ENSAYOS

¿Su teatro? "Un marido ideal", "Una mujer sin importancia", "Un príncipe feliz". ¿son "entretenimientos teatrales", "of no importance", es decir, literatura baladí mundana, fosforescente? No. Juzgolas la alta crítica como "las más curiosas, las más significativas, las más nuevas, del teatro contemporáneo". Cuando el suceso deslumbrante de "Lady Windemere's Fan", representado al mismo tiempo en tres coliseos de Londres, nadie dudó que se había producido en la escena un verdadero renacimiento literario y técnico. Se trataba de un avance osado del **Esteticismo**. Venía de las fuentes de Sheridan, pero lo galvanizaba una sensibilidad diferente. Los fundamentos estéticos de la escena, ya habían sido enunciados, en su famoso ensayo "La verdad de las máscaras", a propósito de una representación de Shakespeare. ¿Y sus Cuentos? Ah, ¡las exquisitas filigramas de sus cuentos: cuentos

poemáticos o parabólicos o poemas en prosa! En ellos se mezcla con la gracia auténtica cierta acritud de intención; lo ingenuo a lo perverso. No debemos confundirlos con los cuentos apócrifos, que le fueron arbitrariamente atribuidos, como el escandaloso "El sacerdote y el acólito". Hay de todo en sus cuentos como en un desconcertante kaleidoscopio. Y de aquí los imprevistos "concetti", ideas que revolotean, como mariposas tornasoladas; ágil invectiva; la gracia y la emoción. En el miraje de la superficie, se nos advierte, las reverberaciones hacen perder de vista el profundo sentido espiritual. Y todo expresado a menudo con aquella afectación refinada y arcaica, a la que los ingleses llamaron **cofuiista**, viejo vocablo aristocrático de los tiempos de Isabel.

Nos hemos referido a ese modo personal de Oscar Wilde, que a través de todos los aspectos de su arte alquitarado, culminó en el magnífico arresto creador, que lleva el sello de su escudo de esteta. Fué también el teórico de su propia escuela en los preciosos ensayos y diálogos de su libro "Intenciones". Pensamos, en presencia de algunas de estas páginas, que bastarían, por sí solas, y a pesar del "voulu" de sus fascinantes y desconcertantes paradojas, —"donde no hay estilo, no hay ideal"— para consagrarlo definitivamente por su audacia y esplendor de pensamiento y forma.

Ningún escritor ha cultivado la crítica de arte en una prosa semejante y con tan raudas sugerencias para el espíritu y con tan sutiles reminiscencias, de las cosas y de las civilizaciones extintas; con un sentido tan punzante de la realidad y de la ficción. Ningún crítico mejor informado de la historia del arte en sus grandezas, sus decadencias, sus eclipses y sus resurrecciones. Ninguno más audaz en sus juicios; más sonriente, más demoleedor y más sutil. ¿La Crítica? Oigámoslo: "una creación dentro de otra creación" ya que "las diversas formas de arte nacieron del espíritu crítico de Grecia". Los capítulos de "Intenciones", constituyen desde luego, fuertes alegatos en favor de sus teorías estéticas. Fueron articulados en abierta pugna de principios críticos con los teóricos del arte, entonces en boga: Kant, Schiller, Spencer. De aquí su reacción contra la literatura oficial de la época, la "Royal Society" y la "Incorporated Authors"; contra aquellos que él llamaba los "historiadores científicos" y los "compiladores

de estadísticas". "La Verdad es absoluta y enteramente una cuestión de estilo". "La Vida es el mejor y aún mismo el único alumno del Arte". Esto sostiene, y agrega como fundamento: "los griegos colocaban en la cámara de la Esposa a la estatua de Apolo, a fin de que sus hijos tomaran del mármol su propia perfección". De aquí la influencia que ejerciera el prerrafaelismo sobre su espíritu creador, Swinburne, a la cabeza, y luego Dante, Gabriel Rossetti, poeta que tradujo en líneas y color los ritmos y las imágenes de sus propios cantos. De aquí su Manifiesto anti-realista, el que, ya no solamente por su fineza de concepto y de estilo, sino que también por su lógica, como siempre salpicada de "fumistería" y paradoja, resultó el más vigoroso de cuantos enfrentaron, en su época, a la escuela naturalista. Abarca su tesis todos los campos de la cultura contemporánea, planteando la necesidad de la radical revisión de métodos en lo que se refiere a ciertos enfoques de la técnica artística, así como a sus directivas fundamentales. ¿Absurdo aquello de que no es el arte lo que imita a la naturaleza, sino la naturaleza la que imita al arte?

Por vía de la paradoja y a ocasiones del absurdo, formuló su doctrina crítica. Se empeñó en demostrar cómo el sentido realista de la vida estaba provocando la decadencia artística en el teatro, en la novela y en la historia; que el artista debía reconquistar el excelso imperio de las bellas mentiras. ¡Oh Heródoto, padre de las grandes mentiras! ¡Padre de la Historia! ¡Oh, Platón! Lo invoca también como fundamento de su doctrina estética. Lo invoca cuando el divino ateniense aborda los temas de índole netamente artística: "el de la unidad en la obra de arte; el de la armonía; el del valor estético de las apariencias; el de la relación entre las artes visibles y el mundo externo; entre la Verdad y la Belleza; en el orden moral e intelectual del Cosmos". Platón colocaba los problemas de idealismo y realismo en la esfera metafísica de la existencia abstracta, y Wilde se esforzó por transportarlos a la esfera del arte, donde había de sorprenderlos siempre palpitan y henchidos de pensamiento. Claro es que su platonismo sui generis, por rebelde y paradójico, lo arrastraba a veces a extremos absurdos aunque ingeniosos. A despotricar contra la acción, por ejemplo, echando las bases de una "fantasía despótica". ¿La acción? "Fuerza ciega,

decía, que parte de las influencias externas sembrando un impulso, cuya naturaleza se ignora. Incompleta, ilimitada por el azar, siempre en desacuerdo con su propia finalidad. Su fundamento: la falta de imaginación. Último inútil recurso de los que no saben soñar. Resulta más difícil hablar de una cosa que realizarla". Se trataba, nada menos, que de rehacer la Historia; porque si la acción se anula a sí misma en el momento de su propia energía, y de aquí su menuda subordinación a los hechos, **el mundo ha sido construido por el poeta para el soñador**. Más arriba de la Vida, lo proclama su exégesis detonante, y de todas las artes visibles: la Literatura. Sólo a ella le es dado resolver el movimiento, exhibiendo al cuerpo en toda su vivacidad y al alma en la multiplicidad de sus vibraciones. Cómo se encumbra, entonces, en arreos ideales su apasionada dialéctica, cuando traza la absoluta de que la función primordial de la literatura y la Crítica, es la de producir, con los "materiales groseros" de la existencia corriente, un mundo nuevo, más maravilloso, durable y verdadero que el de la realidad que contemplan los ojos vulgares.

Quería volver Wilde, frente a la dictadura realista, —sus lagunas y sus limitaciones— a aquél pasado de la literatura inglesa, donde los mitos se confundían con la libre imaginación artística y la ficción decorativa, y que alcanzara Shakespeare por el aliento trágico y fantasmal y sobrenatural, se dijera, de algunas de sus creaciones. De ahí su adopción de la norma atrevida y temeraria como nervio y paradigma estético de sus propias creaciones.

Al realismo prisionero de las fuerzas naturales, al de la vivisección y el análisis, al de la novela de laboratorio, lo sustituyó por la progenie libertaria de su albedrío artístico. Detestó el naturalismo en boga, y en especial el género preconizado por su pontífice de Medan. Al lema de Zola: "el hombre de genio no es el hombre de espíritu", opuso el dogma de la "forma imaginativa". "Raza degenerada la nuestra", dijo, "ha llegado a vender su derecho de primogenitura por un plato de hechos". Se levantó contra un método artístico que quiso subordinar la creación a la imitación. Por eso Zola y los suyos, franceses e ingleses de la misma escuela, resultaban vulnerables, si no del punto de vista moral que él no juzgaba, sí desde el

artístico: "amargas producciones", decía, "los lectores no pueden leer y ni siquiera leerlas porque sus ojos se llenan de lágrimas".

Como una reacción contra la tendencia realista del "East End", prendió a su musa alas de maravilla como los antiguos narradores, los artifices bizantinos o los místicos medioevales. Así en "Poems in Prose" y "Fairy Tales", sobre todo, en estas obras transportando y transformando el paisaje y la flora y la fauna en la ílmite perspectiva de su imaginación.

Fuera del tecnicismo de los viejos apólogos; los de Esopo y Pelpay y Fedro y Lessing, él, Oscar Wilde, descubrió nuevas zonas de la fantasía, donde cantaron otros pájaros y otros árboles y otros ríos con el bálsamo y el milagro de otras praderas y otras flores. Arrastrado por el embrujo de la Maravilla y la Ficción, sentó su teoría, estética en una prosa, —la prosa de sus Ensayos—, que tuvo el tono de los más inspirados Cantos. En un iluminado anticipo del arte futuro entrevió a la Verdad derrotada, "llorando sobre sus cadenas". ¿Cambiaría por acaso el aspecto del mundo ante los ojos alucinados de los hombres? Leviatán surgiría otra vez, del mar, entre las ágiles galeras, como en los deliciosos y abolidos mapas "de una época en que los textos de geografía resultaban todavía gratos a nuestros asombrados ojos". Su imaginación se enardecía, "Los dragones iban a recorrer, de nuevo, los desiertos; y Fénix a subir hasta el cielo desde su rido de fuego, Daríamos al hipógrifo la avena de otro de nuestros establos; y el pájaro azul planearía sobre nuestras cabezas, cantando las cosas bellas e imposibles, las cosas adorables que jamás serán nuestras y que, sin embargo, deberían serlo".

Semejante "élan" de irrealidad y de vértigo, no se detuvo, desgraciadamente, en el área de la actividad artística. También a la vida mundana, por el hilo de sus corrosivas paradojas quiso llevarlo el increíble esteta; todo ello para apurar el naufragio de su personalidad y de su vida. La misma sociedad que se lo disputaba ávidamente, lo transformó en una especie de ente prodigioso. Lo consultaban las duquesas para su "toilette", sus muebles sus joyas. Se reditaban y celebraban en todos los salones, sus frases y sus ocurrencias. De él pudo decirse también que prendió su cigarro en las estrellas y en el ojal lucía la

rosa de los vientos. Su exterior displicente escondía una "exquisita filosofía". ¿En qué se fundaba esta filosofía? "Dadme el lujo superfluo y ofrezco a todos lo indispensable". Según la expresión de Rubén Darío jugando al fantasma, el genial esteta del arte y de la vida, llegó a serlo. Creó él mismo, los elementos morales de su propia tragedia. Fantasma y burla y paradoja y cinismo transportados del arte a la vida mundana, y de aquí su formidable error de perspectiva ética. En páginas de desgarradora verdad, describe Gide el tránsito de aquella individualidad prodigiosa de la cumbre al abismo. "Sujeto prodigioso, porque acaparó, como nadie en su país, lo que Thackeray llamaba el principal don del los grandes hombres: el éxito". Triunfaba por su obra, por sus gestos, por la mirada de sus ojos irlandeses. Era rico y glorioso y bello... "Lo compararon algunos a un Baco asiático; otros a un emperador romano; otros a Apolo mismo". Y he aquí otro juicio coincidente con el de Darío: "habitado a burlarse de quienes otorgan las glorias mundanas, Wilde, llegó a crear, por sobre su propia persona, un falso y deslumbrante miraje con el que embriagaba y envenenaba su espíritu".

Acabó por mistificarse a sí mismo. Y de aquí la anécdota clásica a la que se ha asimilado su propio caso. Aristipo, de paso por Corinto, se encontró con Diógenes que estaba lavando un haz de yerbas. Le dijo Diógenes: "Tú podrías vengarte de los Príncipes si te contentaras humildemente con esto que yo hago". Y Aristipo le respondió: "Pero si yo llegara a vengarme de los Príncipes, tampoco me conformaría con eso". En el libro "Wilde y el wildismo" que cita Thomas Bell, se destaca el carácter de sus arrestos "simplemente para asombrar a su público y provocar las controversias". John Cowper Powys alude, por su parte, a "excentricidades" y "pose" estética, cuando comenta semejante modalidad, aunque a veces se esconde en sus pueriles bravatas, "una emoción profunda y universal".

Su individualismo ha sido definido por Harris en su auténtico sentido conceptual: "su amor inglés por la desigualdad". Su republicanismo "sólo estaba a flor de piel" por cuanto "sus prejuicios y creencias políticas eran los mismos de las clases gobernantes inglesas". ¿Era un profeta libertario quien defendiera los prejuicios de la oligarquía latifun-

dista de Inglaterra? Es así que se ha podido afirmar que cuando escribió Wilde su libro: 'El alma del hombre bajo el socialismo', "no lo hizo ocupándose de economía sino de estética". Y nada podría corroborarlo mejor que esta frase suya, que sintetiza su programa social: "¿Es esto una utopía? Un mapa del mundo que no incluya a Utopía, fuera indigno, dado que deja fuera al único país en el que siempre se ha sentido grande la humanidad". "En cuanto a Inglaterra, agregaba, no será jamás civilizada mientras no anexe Utopía a sus dominios. Con ventaja debería cambiar por esta preciosa comarca, algunas de sus colonias. Necesitamos gentes ilusas que vean más allá de su hora, y piensen más allá de su época. Sólo por la voz del que clama en el desierto se despeja el camino de los dioses". Cuando Bardas, su pretense discípulo libertario lo llama "el primer poeta novelista de Inglaterra", lo compara, anarquista y todo, a un verdadero Miguel Ángel o un Rafael. ¿Por qué? Porque "no emplea otros recursos que los espirituales", y sus armas no son detonantes ni explosivas. En todo caso, antes que la dinamita, era suya la daga florentina recamada de piedras preciosas y destilando el veneno de los Borgia. Tal su paradoja, con la que ha apuñalado, dice Bardas, nuestros proverbios; gran herejía... porque "nuestros proverbios rigen con mayor majestad que nuestros reyes"... El progreso según él, era la realización de la Utopía.

Reedita, en su apoyo, conceptos ya estampados en sus Ensayos anteriores sobre "La Crítica y el Arte"; conceptos también genuinamente literarios. "Cuanto más se estudia la vida y la literatura", sostiene en ese ensayo, "se siente que detrás de todo lo maravilloso está el individuo, y que no es una época. lo que modela al hombre, sino que el hombre crea su época. Cada mito, cada leyenda, todo aquello que proviene de la fantasía de tribus o naciones ha sido, en su origen, la creación de un espíritu personal". Porque "el desarrollo de la raza depende del desarrollo del individuo y donde el culto de sí mismo cesa de ser un ideal, el nivel intelectual desciende y desaparece". Y continúa en su individualismo aberrante: "La peste de la intelectualidad no es otra que la que obliga al hombre a descuidar su propia educación para consagrarse a la de los demás". La cultura de sí mismo constituye el más alto ideal humano. Así lo

entendió Goethe, y nadie nos inspira mayor devoción como ejemplo humano de cultura desde los tiempos de Grecia.

Así pensaba Wilde durante su vida de esteta militante y de "épatéur" de la burguesía de su país. Así pensaba y escribía antes de la tragedia del proceso y de la cárcel.

Y no fué otro su programa libertario que la exaltación de la Utopía. Programa libertario en lo social... y también en lo internacional. Se refiere con el mismo acento a los Institutos pacifistas y al Arbitraje, como norma jurídica en su etapa libertaria entre las naciones, como cosas propias, sostiene, de aquellos "que jamás leyeron la Historia". Sistema de "ética abstracta" le llamaba, basado en simples procesos emocionales, y como todos éstos finalmente inútiles, porque "concluyen mezclándose y anulándose con las grandes pasiones". Y así termina sus sentencias luzbólicas: "hay algo peor que la injusticia humana: es la Justicia sin la espada en la mano... Cuando el Derecho se divorcia de la Fuerza, se transforma en el Mal".

En la prisión —y de ellos hace capítulo Thomas Bell— Wilde abundó en nuevas divagaciones libertarias. Entonces, asume otro tono, acaso más concreto y más desolado, Anatematizó la **crueledad** social, porque era el "fruto de la estupidez"; al **oficialismo**, "lo más inhumano de la vida moderna"; a la **autoridad**, "tan destructiva para quienes la ejercen como para quienes la soportan"; al **código** inhumano que reglamentaba el sistema de su prisión ("humanizar al alcalde; civilizar a los guardianes; cristianizar al capellán"). "Cuando leemos la Historia nos sentimos asqueados, no tanto por los crímenes cometidos por los malos, sino por los castigos infligidos a los buenos...".

¡Ah, pobre poeta! Llegarían de inmediato los desgarradores acentos de su "Balada en la Cárcel de Reading", su desgarradora Balada. ¿Anarquista? No. Desesperado y arrepentido, Michael Monchan, desde las páginas de su "Némesis", dice de la **Balada**: "No es solamente el más notable poema de su clase escrito en idioma inglés, sino que toca a nuestros más íntimos sentimientos; a la verdadera imagen de Dios que llevamos dentro; esa voz que no será acallada hasta que cierta justicia confundida en el ideal cristiano se haya obtenido para los parias de la raza que están fuera de la ley". Expresa finalmente Thomas

Bell: "Si Wilde está destinado a perder en la Historia de las letras no será, ciertamente, a base de ninguna de sus biografías". Acaso tampoco por la suya, agregamos nosotros; en definitiva el juicio de existencia terrenal sólo corresponde a Dios.

Ascendió hasta los más altos peldaños de la fama, y apresuró su propio naufragio en un misterioso anhelo de autoaniquilamiento. El había dicho: "Maravilloso es el pensamiento, pero más maravillosa todavía la aventura". Por un sadismo trágico, provocó el proceso que había de hundirlo, y él lo sabía, contra el marqués de Queensberry. Embistió desafortadamente contra la hipocresía entrañable de una clase social omnipotente. Vistió, por último, la ropa del presidiario con la que se le expuso a la mofa de la multitud en trabajos forzados, en la vía pública; y en la cárcel se le administraron alimentos putrefactos para exacerbar su disentería.

Autoaniquilamiento que nos recuerda el caso obsesionante de Thomas Griffiths Wainewright, que él mismo describe en su ensayo "Pluma, lápiz y veneno"; su famoso "estudio en verde". Buscó este sombrío personaje, fascinado por el arte pictórico, la expresión por medio de la pluma y del veneno. Uno de los envenenadores más sutiles y misteriosos de su tiempo, el joven "dandy" adoptó la divisa que fuera también la de Wilde: "Es preferible ser alguien a realizar algo". Adoraban, ambos, los tapices persas; las joyas y las ediciones antiguas; las ricas encuadernaciones; los camafeos de los tiempos de Isabel; los gatos, lo mismo que Baudelaire y los exquisitos monstruos de mármol preferidos de Gautier.

Y como de acuerdo con la tesis proterva, "una personalidad intensa puede nacer del pecado", trascendió del Luciano de Rubempé de Balzac o a Julián Sorel o a De Quincey, el tipo, de aquel envenenador de "la distinción encantadora y abismal". De todos modos, ¡el reverso de Wilde! ¡Wilde no fué otra cosa que el envenenador de sí mismo!

Su individualismo, su anarquismo, como lo sugiere su poema titulado "El maestro y la sabiduría", rompieron la perla perfecta y desgarraron, para beneficio y deleite de los demás, la intacta

vestimenta; malbarataron su sabiduría, transformándolo en el ladrón de sí mismo. Y "el público perdona todo, menos el genio rebelde". Una vez más, con esta ocurrencia articuló la profecía de su propio destino.

Grande fué Oscar Wilde por sus altos vuelos y por sus enormes caídas... "Penitente del Diablo", él también; y desertor de la gracia divina. Como en el poema de Tertuliano, se apostaron los igneos querubines en los dinteles del Edén para el castigo de su pecado infamante y el rescate del polvo originario.

Grande fué Oscar Wilde por sus altos vuelos y por sus insondables caídas. Glorioso por genio y miserable por humano. Ante su vida y su memoria deja caer solemnemente su sentencia el respetable burgués, señalado por su biógrafo. Y cae el fallo pontificante, al tiempo que la envidia y la ignorancia amontonan sus caudales, frente al hambre y a la sed de los demás; mientras se aviene el solemne burgués a todas las tiranías en homenaje a sus venerables digestiones; no adoptando jamás una idea riesgosa o un sentimiento abnegado. Naturalmente que tampoco nos interesan sus juicios.

Ha de llegar, por el contrario, el encumbrado laudo por los rumbos de la piedad y del genio. Encarando a la obra de Wilde y a su existencia en bloc. Captando con el alma los acentos finales de su "De profundis", "A sollozos", les llama Gide: escuchándolos, se inundaban sus ojos y los repite todavía con su más trémula voz... Oigamos aquellos acentos: "Ya no me queda más que una sola cosa: la humildad absoluta. Oculta en lo más profundo de mi ser como un tesoro en la inmensidad de los campos: la humildad". "Han arrebatado mi alma; yo no sé lo que han hecho de mi alma". Y evocaba, en la ominosa cárcel, la memoria de su madre y ante el cuadro de su enorme miseria: cuna y sagrario, como en las páginas del Eclesiastés.

Y si llegáramos a imaginar el fondo de ese infinito de dolor, ¿qué queda del esteta, del perverso, del anarquista, del hombre y del genio?

(De "La Nueva Democracia", New York)